



LA LITERATURA ES INEXPLICABLE, LA LOCURA TAMBIÉN

Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832) señalaba que una actividad literaria ha de crear y recrear el mundo que nos rodea a través del que existe dentro de uno. De esa manera todas las cosas se captan, se relacionan, se representan, se moldean y reconstruyen de un modo personal y original. Interesante manera de describirla, pero, aun con ella, no sabemos bien qué es la literatura. Por esta razón perduran tantas definiciones. La de Jean Paul Sartre (1905-1980) es bella y precisa:

«La literatura existe para que la protesta humana sobreviva al naufragio de los destinos individuales».

No sabemos bien qué es la locura. Es posible concebirla como una metáfora de la pena, el desconuelo, la injusticia, la crítica, la alteración mental, la irracionalidad, la lucidez..., dimensiones todas ellas de la condición humana. En este caso tal vez sea mejor hablar de la locura en plural. O podemos referirnos con ese término vulgar y potente a las enfermedades mentales, lo cual tampoco es de mucha utilidad ya que apenas conocemos qué es una enfermedad mental, excepto cuando es neurocerebral.

Una tesis de este libro es que las locuras solo producen literatura cuando se escriben desde la cordura. Sobre





estas dos patas se apoya lo que quiero exponer. ¿Dos patas? Podrán pensar ustedes que este ensayo se inicia ya con una notable extravagancia. Sin embargo, no es así. Una de las más famosas sillas de la historia, la llamada Cesca, se apoya en dos patas tubulares. Fue diseñada en 1928 en el marco de la Bauhaus por Marcel Breuer. Igual que esa silla, este libro es frágil, aunque no inestable, consistente, con una mirada incompleta, fugaz y exploratoria como corresponde cuando uno se adentra en ese territorio comanche, concebido como ajeno, codiciado, bello y peligroso.

Conviene esta mirada para orientarse en el terreno de las relaciones entre ambas. Una primera observación: con locura no viviremos bien, sin literatura tampoco.

«Nadie me salvará de este naufragio», decía, refiriéndose a su amada Miguel Hernández (1910-1942), que no estaba loco y le sobraban razones para ello. No está claro que la literatura nos salve, pero constituye uno de los medios más conmovedores de nuestro espíritu cuya importancia atraviesa la historia de la humanidad poco tiempo después de que el *Homo sapiens* consiguiera despegarse de su absoluta y pasiva dependencia del medio ambiente. Igualmente complejas son la definición y la relación entre ambas.

La literatura es inexplicable a pesar de todo lo que se ha reflexionado sobre ella, incluidas las épocas clásicas de Grecia o India. Reflexionado y también condenado. Destacados pensadores como Platón (427-347 a.C.) en *La república* o Agustín de Hipona (354-430) en sus *Confesiones* abominan del impacto social y personal que ejerce





la poesía, definida por el santo como «El veneno de los demonios».

Lo literario es diferente de lo artístico, aunque ambos puedan ser englobados en el concepto de arte. Una cosa es trabajar con colores y sonidos y otra expresarse con palabras. El azul de la pintura de Joachim Patinir en *El paso de la laguna Estigia*, fue elegido para expresar el aura de misterio del ultramundo. Es expresión y es un color específico, no es por sí mismo un significado. La literatura, por el contrario, trabaja con significados y signos que no se relacionan con lo que se está describiendo. Nada hay en la palabra *mesa* que tenga que ver realmente con el objeto *mesa*. Se trata de palabras y lenguaje que prolongan nuestros sentidos y nuestras acciones. El escritor nos revela el mundo y con ello nos confronta con nuestras responsabilidades:

«Que nadie pueda ignorar el mundo y que nadie pueda ante el mundo decirse inocente», decía Sartre. No olvidemos que no se consigue ser escritor por escribir sino por hacerlo de una manera y con estilo especial al que llamamos literario. Con la literatura nos acercamos, de un modo u otro, a las diversas formas del sufrimiento, conflicto y contradicción de lo humano. Por eso nunca se debe hablar de literatura complaciente, infantil o de entretenimiento. Esos términos se refieren a productos de consumo que también tienen derecho a existir, pero que tienen otra naturaleza.

No es verdad que uno escriba para sí mismo. Un texto de esas características resultaría vacío, banal, un fracaso, sin proyección. En la enfermedad mental, que se caracte-

